
de declarar extraños los métodos educativos victorianos, debiéramos reflexionar si la posteridad no podrá considerar nuestros métodos aún más extraños. Y lo que puede decirse de la educación podría quizá llevarse también a otros terrenos; si la pintura victoriana nos parece tan peculiar, ¿qué pensará la posteridad de la pintura abstracta de nuestra época? Y si el siglo XIX merece el epíteto de *stupid*, ¿no merecerá nuestra centuria un epíteto aún más severo tal como, por ejemplo, demente?

¿Cómo reconocer los grilletes de la tradición?

Franz Boas

Fragmento del artículo “An Anthropologist Credo”, publicado en *The Nation*, núm. 147, 1938, pp. 201-204. Este mismo trabajo fue revisado posteriormente por Boas e impreso en el libro editado por Clifton Fadiman, *I Believe*, Nueva York, Simpon & Schuster, 1939, pp. 19-29. Traducción de Antonio Saborit.

La base de mis primeras reflexiones fue un hogar alemán en el que eran una fuerza viviente los ideales de la revolución de 1848. Mi padre, liberal, aunque no fuera una persona activa en los asuntos públicos; mi madre, idealista, con un vivo interés en la cosa pública, fundó en casa un jardín de niños hacia 1854; estaba dedicada a la ciencia. Mi padre conservaba un afecto emotivo por el ceremonial de su casa paterna, sin permitir que ella influyera en su libertad intelectual. De ese modo se me ahorró la lucha en contra del dogma religioso que aflige la vida de tantos jóvenes.

Mi juventud estuvo dominada por un temprano e intenso deseo por observar todo aquello sobre lo que oía o leía. Por lo tanto, las preguntas filosóficas estuvieron lejos de mí durante la adolescencia, y viví mi mundo inmediato sin especulación alguna, disfrutando ingenuamente cada nueva impresión.

Tal como lo recuerdo, mi primer impacto vino cuando uno de mis amigos estudiantes, un teólogo, manifestó su creencia en la autoridad de la tradición y su convicción de que no teníamos derecho a poner en tela de juicio lo que el pasado nos transmitía. La impresión que me produjo este declarado abandono de la libertad de pensamiento constituye uno de los momentos inolvidables de mi vida. Un segundo impacto fueron las conversaciones que sostuve con una hermana mayor, con aptitudes artísticas, para quien resultaba insoportable mi mundo materialista. Tiendo a creer que estos incidentes tuvieron una influencia permanente en mi vida porque en mi memoria aparecen con toda claridad.

Mis estudios universitarios fueron una obligación. Estudié geografía debido al profundo interés emocional que tenía en los fenómenos del mundo; mi interés intelectual me llevó a estudiar matemáticas y física. Al preparar mi tesis doctoral tuve que emplear métodos fotométricos con el fin de comparar las intensidades de la luz. Esto me llevó a considerar los valores cuantitativos de las sensaciones. En el desarrollo de mi investigación aprendí a reconocer que existen dominios de nuestra experiencia en los que no son aplicables los conceptos de cantidad, las medidas que se pueden añadir o restar con las que yo estaba acostumbrado a operar.

Mis lecturas de los escritos filosóficos estimularon nuevas líneas de pensamiento y mis intereses previos se vieron opacados por el deseo de entender la relación entre los mundos de lo objetivo y lo subjetivo. Las oportunidades para continuar esta línea de estudio por medio de las investigaciones psicológicas no se presentaron solas, y debido a una obligación especial, decidí viajar al Ártico con el propósito de abonar algo a nuestro saber de las regiones desconocidas, así como para ayudarme a entender la reacción de la mente humana al medio natural.

El año vivido entre los esquimales como uno de ellos tuvo una influencia profunda en el desarrollo de mis opiniones, aunque no de manera inmediata; me alejó de mis previos intereses y me llevó al deseo de entender lo que determina la conducta de los seres humanos. El primer resultado de mis afanes por explicar la conducta humana como resultado del medio geográfico fue un fiasco total. Las influencias inmediatas son patentes, pero los resultados de este estudio fueron tan pobres que no arrojaron luz alguna sobre las fuerzas motoras que moldean la conducta.

El origen psicológico de la creencia implícita en la autoridad de la tradición, tan ajena a mi mente y que antes me impactara, se transformó en un problema que durante muchos años ocupó mis pensamientos. De hecho, la idea general sobre la vida social está determinada por esta pregunta: ¿cómo reconocer los grilletes de la tradición que nos son dados? Toda vez que al reconocerlos, seamos capaces de romperlos.

